

CONVENTOS DEL SIGLO DE ORO
LOS FRANCISCANOS DEL ESTADO DE MEXICO

TLALMANALCO.

Por Rafael García Granados.

Sobre la carretera de México a Cuautla, entre Chalco y Amecameca, se halla el pueblo de Tlalmanalco (tierra nivelada o aplana-
nada) que conserva uno de los monumentos coloniales más dignos de
ser admirados en América. A más del interés artístico de la ca-
pilla abierta, es Tlalmanalco el sitio donde los menologios fran-
ciscanos y los añalejos indígenas recuerdan a Fr. Martín de Valen-
cia, el insigne varón que después de haber sido por dos veces Cus-
todio del Santo Evangelio, y sin duda por su espíritu contemplati-
vo y su torpeza para aprender las lenguas indígenas, pasó algunas
temporadas haciendo vida solitaria en una cueva del Sacromonte in-
mediato a Amecameca y cercano a Tlalmanalco.

Los Anales de Chimalpahin Cuauhtlehuahtzin nos han conserva-
do la cronología de los pueblos de esta región y de la enfermedad
y muerte del Custodio. En siete Calli, 1525, los franciscanos que-
maron los templos (paganos) de Amecameca, Tlalmanalco y Tenango y
dieron por primera vez el bautismo a los indios de aquellos luga-
res.

En 1533 se terminó la construcción de la iglesia de Tlalma-
nalco que fué consagrada a San Luis Obispo de Tolosa. La funda-
ción del convento debe haber tenido lugar antes de 1531, pues el
apéndice número seis de la biografía de Zumárraga reproduce una
carta fechada el 27 de marzo de 1531 en la que consta que Fr. An-
tonio Maldonado era Guardián del convento de Tlalmanalco. El re-
ferido año de 1533 enfermó Fr. Martín de Valencia en Amecameca y

los Señores de Tlalmanalco personalmente lo llevaron cargado a su convento y de allí lo conducían a México para cuyo efecto lo embarcaron en una canoa en el puerto de Ayozingo, mas allí mismo murió. Lo llevaron a enterrar a la iglesia de Tlalmanalco cuidando de que los indios de Amecameca no supieran el lugar, pues ya tenían que quisieran conservar su cuerpo en Amecameca. Los de este último lugar guardaban como reliquias un misal y una casulla - que al santo fraile le habían tejido, con pelo de conejo, las mujeres de Tlaxcala. La Crónica de Gonzaga refiere que el cuerpo de Fr. Martín estuvo sepultado en Tlalmanalco hasta 1567 en que desapareció. Es versión recogida por algunos cronistas que voló al cielo en cuerpo y alma, mas otros, los más, atribuyen a los de Amecameca el haber desenterrado sigilosamente el cadáver y haberlo trasladado a la cueva del Sacromonte donde oraba.

En 1569, nos informa el Códice Franciscano, el pueblo estaba en cabeza de S. M. y el convento tenía cuatro frailes que doctrinaban a cuatro o cinco mil indios repartidos en veinticuatro aldeas. Poco después de escrito aquello debe haber tenido lugar algún levantamiento de los indios, que se retiraron a las serranías de las faldas del Ixtaccíhuatl, pues los Anales de Chimalpahin - consignan el dato de que en 13 Tochtli, 1570, siendo Presidente Fr. Luis Regino y Vicario de Amecameca Fr. Luis de Oñate, congregaron de nuevo en Tlalmanalco a los tlapechhuaques.

En el Viaje del Padre Ponce se refiere que en 1585 el convento tenía hechas tres celdas y estaban haciéndoseles corredores a los claustros. Moraban entonces cuatro religiosos en el convento y, según dice, los primeros religiosos hicieron allí monasterio para monjas indias "pero viendo después que no convenía por el

flaco sujeto que en ellas hay, no pasaron adelante con la obra".

El exterior de la iglesia de Tlalmanalco es más sencillo que los de otros franciscanos de la región. En el interior se conservan varios altares barrocos de interés, algunas pinturas de indiscutible mérito y una bellísima pila bautismal monolítica.

La Puerta de porciúncula conserva una inscripción que dice: "Acabose esta portada a principios del año de 1591".

El interés del convento queda absolutamente opacado por el de la capilla abierta que es ejemplar a la vez único y maravilloso como trabajo de piedra tallada.

Don Manuel Rivera Cambas en su "México Pintoresco" quiere encontrarle a este monumento reminiscencias de la Alhambra de Granada y el claustro de la Merced de la Ciudad de México. No encontramos desde ningún punto de vista justificada esta semejanza. Si con algún monumento mexicano pudiera compararse en cuanto al estilo la capilla abierta de Tlalmanalco, sería quizá con el arco de entrada del convento de los dominicos en Coyoacán. La dirección de la obra no acusa influencia indígena. El alarife que la concibió no dejó probablemente ninguna otra en México pues no se encuentra nada digno de comparársele. Hay en la talla maravillosa de los arcos motivos platerescos, particularmente en las enjutas del arco del presbiterio que recuerda la posa de Calpan en que están ingenuamente estilizadas las Animas del Purgatorio. Pero el estilo que domina en la talla general de los arcos es casi exclusivamente gótico, recordando en muchos de sus detalles a San Juan de los Reyes de Toledo y a las quimeras de Nuestra Señora de París. Mas si no conocemos en México obra semejante ejecutada en piedra, en cambio encontramos muchos frisos pintados al fresco -

en los monasterios del siglo XVI ejecutados con el mismo espíritu y el mismo estilo, y que a su vez recuerdan las ilustraciones de los incunables del siglo XV. Si la concepción general no acusa, como antes se dijo, influencia indígena, la ejecución en cambio, sí revela la mano de los artífices que tallaron ídolos hábilmente dirigidos por un maestro que supo respetar la personalidad del lapidario.

Frente al convento hubo un hospital con título de la Concepción, al que hacen referencia varios de los cronistas, entre ellos Vetancourt, y que convirtió hoy en escuela, se conserva todavía.